

ROMÁN HERNÁNDEZ O LA BÚSQUEDA DE UN DIÁLOGO CONTINUADO

SABAS MARTÍN

Toda la obra plástica de Román Hernández (Los Realejos, Canarias, 1963) podría ser considerada como la búsqueda permanente de un diálogo continuado. Un diálogo que se concreta en diferentes manifestaciones. En primer lugar, habría que señalar ese interrogarse que el artista nos plantea –y que, a la vez, a sí mismo se plantea– sobre la naturaleza misma de la materia que configura su obra. Román Hernández es escultor, pero no es un escultor al uso, de los que trabajan y moldean los elementos matéricos considerados tradicionales de la pieza escultórica. En sus esculturas, ciertamente, confluyen elementos dispares –¿espurios?– que configuran una suerte de conglomerado múltiple que va más allá de lo que habitualmente asumimos como materia primordial sobre la que se establece la escultura. Así, dibujos, grafías, líneas, números, objetos, signos, fragmentos corporales de maniqués, etc. se incorporan a su obra como materiales que nos remiten a otra dimensión y rompen, diluyen y dilatan las fronteras de los volúmenes, los límites del espacio.

Y precisamente con el espacio, con la fijeza de las formas en un ámbito tridimensional, es donde Román Hernández plantea otra de las manifestaciones de su búsqueda de un diálogo permanente. Y es que, al margen de las incorporaciones verbales que nutren parte de su trayectoria, considerando sus piezas escultóricas en sí mismas, Román Hernández se aventura en una exploración arriesgada y sugerente que transgrede los usos escultóricos convencionales y que le aproximan a una indagación que participa de la sustancia poética. No en vano, los títulos de algunas de sus series así lo revelan. Piénsese, por ejemplo, en *Poética de la razón* (1994-2005), *Proyectos para un diálogo con el espacio* (2006) o la misma *Caja-Poema o poética para un espacio escultórico* (2007). Igualmente, el hecho de que la obra de Román Hernández esté constituida fundamentalmente, no por piezas aisladas independientes, sino por series, por sucesiones, por secuencias y variaciones en torno a un concepto que las rige y ordena, y que hace que cada una de las piezas de esa serie se impliquen mutuamente, redunde en una idea matriz que, para que adquiera su significado pleno y último, ha de completarse –o justificarse o enriquecerse o negarse– en la confrontación con la mirada de quien las contempla.

Pero, igualmente, esa tensión dialéctica que caracteriza la obra de Román Hernández se manifiesta en la relación entre arte y literatura que el artista acomete y que, asimismo, en alguna ocasión, adquiere la forma de confrontación complementaria entre expresiones diferentes de la propia condición plástica. Ese diálogo entre arte y palabra, que es el más evidente, pero no el único, como digo, se presenta en una doble dimensión. Por un lado, encontramos una expresión explícita en la que el artista acude a la asociación con diferentes escritores, ya sean poetas o narradores, caso de sus colaboraciones con Rafael-José Díaz, con sus poemas, o con Roberto A. Cabrera, con sus relatos, según testimonian sus series *Para que un mundo aparezca* (2006), con poemas de Díaz –y en donde además se da esa otra aportación singular del encuentro con un pintor como es Francisco Orihuela–, y en *Commensuratio* (2007) que tiene su reverso narrativo en los textos de *Fábulas, seguido de sueños, claridades, enigmas*, debidos a Cabrera. En estas realizaciones, el artista busca una multiplicación de sentidos y significados en donde la imagen se asocia con las reverberaciones del lenguaje para ofrecernos una realidad de espejos multiplicadores de emociones, sensaciones y conceptos.

En este aspecto, y como apuntaba antes, es especialmente significativa la colaboración entre el propio Román Hernández y Francisco Orihuela en donde la intervención mutua de ambos artistas en la obra plástica redunde en una doble mirada sobre el universo artístico representado, cuya propuesta adquiere una mayor valencia con la incorporación de elementos escultóricos formando parte de la pintura plasmada en el lienzo. Hay ahí, en *Para que un mundo aparezca*, una confusión-fusión de los límites entre escultura y pintura cuyo resultado es un universo mutua y doblemente enriquecido, al que se añaden, además, las sugerencias derivadas del decir poético. El mundo que aparece –por utilizar la denominación que titula la muestra– es un mundo diferente, inédito, imprevisto, abierto a la sorpresa y a la inauguración.

“Una indagación que participa de la sustancia poética”, he dicho, y ello es así – y esta es su dimensión implícita– porque Román Hernández no sólo nos ofrece esculturas que, siendo esculturas, son a la vez otra cosa –cajas, cabezas que se abren y son contenedores–, otorgándoles, así, una ampliación potenciadora de intenciones, y en donde juega con la monocromía o los acentos

de notas de color, o con exceder y alterar los marcos que deberían delimitar la superficie de la pieza presentada —además de la ya comentada incorporación de elementos aparentemente ajenos o extraños a la sustancia misma y a la materia base de lo escultórico—, sino que con todo ello propone al espectador una implicación íntima y directa para el desvelamiento de los significados. No otra cosa es lo que supone la percepción poética. Esto es: sobrepasar la apariencia y sumirse en la sugerente ambigüedad del misterio de lo representado. No otra cosa viene planteando el más radical y atrevido arte contemporáneo que, por encima de la degustación estética, del estremecimiento sensorial, invita e incita a la reflexión adentrándose en lo meramente perceptible para desentrañar lo oculto imaginario. Román Hernández lo sabe y lo lleva a cabo con solvencia, rigor y originalidad.

SOBRE CAJA-POEMA O POÉTICA PARA UN ESPACIO ESCULTÓRICO

En la serie *Caja-Poema o poética para un espacio escultórico*, Román Hernández nos entrega un caso extremo del diálogo entre arte y poesía. En esta ocasión no se trata de una doble implicación, artista-poeta, sino que el escultor recurre a la asociación con dieciséis poetas para conformar todo un universo en donde la correspondencia entre ambas formas de expresión da origen a otra realidad plástica y verbal que excede lo meramente ilustrativo y donde las fronteras de los géneros tradicionales se diluyen para fecundarse mutuamente.

Como nos anticipa su denominación, las piezas de *Caja-Poema* son cajas, receptáculos, ámbitos cerrados que, al abrirse, revelan la imagen escultórica y las palabras que se velan a la mirada. Los poemas, la grafía en que se manifiestan, se incorporan a la obra escultórica integrándose como un material más —aquí predomina fundamentalmente la madera que en ocasiones, directa o tangencialmente, se reviste de coloraciones— sobre la que actúa el artista. Y, junto a ello, algunos otros motivos que aparecen como figuras recurrentes a lo largo de sus creaciones. Hablo de pirámides, círculos y esferas, cuadrados, cubos, cactus, números, cabezas humanas... Y hablo también de formas, planos y volúmenes dentro del mismo volumen que las conforma, con esa voluntad característica del escultor de hacer que las rupturas, los huecos, las superposiciones de materiales y elementos sean a su vez parte de un espacio que siempre es mucho más que un espacio reglado y sujeto a fronteras previsibles. Es, como he dicho, la indagación dialéctica —poética— entre el espacio y la materia que lo habita. Pero esa “poética para un espacio escultórico” no se limita únicamente al uso de la palabra poética —que Román Hernández plasma caligráficamente de forma autógrafa— como mera apoyatura formal de los volúmenes escultóricos y de las líneas de dibujo y de los signos y trazos que en ellos confluyen. No se trata de un elemento más con función digamos “decorativa” o “suplementaria”, sino que se busca una mutua correspondencia de intensidad de sentido y significado. Como reflejos especulares, la escultura se prolonga en el verbo y viceversa, implicándose recíprocamente y ampliando sus significaciones mutuas, más allá de lo que podría considerarse como una simple ilustración funcional o aditamento complementario.

Es así cómo, al ser abiertas las Cajas y revelarse su interior, surgen universos ocultos, territorios conceptuales, propuestas de significados múltiples que nos conducen al dominio de la percepción poética. Podría decirse que Román Hernández es un poeta. Un poeta que hace poesía con un lenguaje que se nutre tanto de la representación de la palabra —ajena, tomada en préstamo— como de la propia plasmación plástica. Esos son sus materiales, hibridándose y potenciándose enigmáticamente con esa misteriosa y mágica ambigüedad de la poesía que sugiere, que incita, que, más que constatar explícitamente la realidad, sin que haya lugar para la sorpresa o el descubrimiento, formula incertidumbres ante ella. El hecho de que el contenido de las Cajas se oculte, en una primera instancia, a la contemplación del espectador, refuerza esa voluntad de hallazgo, de inauguración y alumbramiento que se cumple al abrirse y, al fin, mostrarse para ser interpretada.

Como en alguna ocasión Jorge Mora ha dicho acerca de la obra de Román Hernández, su discurso escultórico se mueve entre lo figurativo, lo geométrico, lo anatómico y lo simbólico. Cierto. Esta serie lo constata. Igual que constata el intenso trabajo intelectual en el que se dan cita las indagaciones entre proporción, simetría y equilibrio. Nada queda al azar o lo fortuito. Hay una rigurosa coherencia en la exploración previa a la concreción escultórica. Sólo así, desde la inquietud tantas veces transgresora de lo ya sabido, de lo comúnmente repetido, es posible que la forma proponga conceptos. Y toda la obra de Román Hernández es ejemplo de una profunda interrogación sobre la materia y la idea, resuelta, como hemos visto, en una sorprendente y

excepcional conjugación dialéctica. *Caja-Poema o poética para un espacio escultórico* es un nuevo hallazgo en esa búsqueda que es un múltiple diálogo continuado.